

**DOMINGO DE PASCUA – VIGILIA PASCUAL**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**30 de marzo de 2013**  
**Is 55, 1-11**

Queridos hermanos y hermanas:

*Ha resucitado, dicen los dos hombres con vestidos refulgentes* (Lc 24, 1-12). Es la Buena Noticia más grande del mundo. Ha resucitado: es el grito que empapa de alegría esta noche. Dejemos, en este año de la fe, que este anuncio resuene primer exactamente dentro de nosotros y nos llene de alegría: "Realmente el Señor ha resucitado!"; vive como vencedor de la muerte y liberador del pecado, de todo lo que nos esclaviza y oprime. Pero, después de dejarlo resonar en nuestro interior, llevemos este anuncio a los demás. De una manera particular, hacedlo vosotros, los jóvenes que estáis aquí y los Escolanes: hablad de ello a vuestros amigos. Salid a los cruces de nuestras relaciones personales, los contactos de nuestros correos y de nuestros tweets, y llamemos a todos los sedientos a acoger gratuitamente el don de Jesucristo, que vive para siempre (cf. Ap. 1, 18)

Hacia la mitad de la liturgia de la Palabra, hemos escuchado esta invitación del profeta Isaías: *Oíd, sedientos todos, acudid por agua*. En nuestro tiempo, ¡hay tanta gente espiritualmente sedienta esperando que alguien les ofrezca algo que les sacie! ¿Quién de nosotros puede decir que no está sediento? ¿Quién no tiene un deseo ardiente que no acaba de satisfacer? Por ejemplo, ¿quién no tiene sed de ser amado hasta el fondo, de ser feliz, de tener buena salud? ¿Quién no tiene sed de una plenitud de vida que permita superar la muerte? Por otra parte, en nuestro contexto social, son muchos los que tienen sed de esperanza, de justicia, de poder salir de las situaciones difíciles; los que tienen sed de una sociedad más solidaria, de una economía más humana, de un mundo con más paz, con menos agresividad; sed de superación de soledades y de marginaciones... ¡Son tantas las formas de sed que podemos experimentar!

Las formas de sed, son una realidad. Y el hambre espiritual, también. Pero, ¿no será una *quimera* buscar el saciarlas en Jesús? Los *apóstoles* -nos decía el evangelio (Lc 24, 1-12)- pensaban que era una *quimera* el anuncio de la resurrección que les hacían las mujeres que habían ido *al sepulcro* y no habían encontrado *el cuerpo de Jesús*. La experiencia posterior de los *apóstoles* y el testimonio de tantos y tantas que han acogido el don pascual de Jesucristo, nos enseña que no es *una quimera*. Sino una realidad. Que Jesús es realmente el Salvador; que nos acoge tal como somos, que nos va transformando por dentro para ayudarnos a ser nosotros mismos, con la libertad filial que el Padre nos ha dado. Que Jesús es, también, el que nos ofrece unas enseñanzas capaces de transformar la sociedad para hacerla mejor.

La llamada del profeta, pues, sigue siendo muy válida. Y nosotros tenemos que continuar haciendo esta invitación a nuestros contemporáneos. El profeta hablaba de los esfuerzos inútiles para saciar la sed con cosas que no la sacian, de esfuerzos inútiles para comprar *un pan que no alimenta* y unas *comidas que no dan hartura*. ¡Cuántos hay que buscan en técnicas de auto ayuda o en teorías aparentemente transformadoras y no llegan a quedar saciados! La invitación del profeta continúa resonando en esta noche santa de Pascua: *Oíd sedientos todos, acudid por agua*. Y la tenemos que hacer llegar a los demás, a todos los que tiene sed espiritual, a todo el que se siente pobre, a quien quisiera cambiar en profundidad, a quien ya no confía en nada ni en nadie.

A quienes se abran a la llamada, el profeta les promete que escucharán una *Palabra* que les dará vida, que encontrarán una fuente de *agua* que apagará la sed, que les

será ofrecido un *pan* y un *vino* que los saciará *de vida*. La luz de Cristo resucitado que brilla esta noche de una manera esplendente nos hace entender desde una perspectiva nueva la promesa del profeta Isaías. La *Palabra* que es prometida es toda la Palabra divina traspasada por la persona de Jesucristo y leída desde su misterio pascual. Una Palabra portadora de luz, de fuerza, de esperanza, de amor, que nos ayuda a hacernos personas en plenitud, a convivir con los demás y a abrir caminos de transformación a favor de los pobres y los que sufren cualquier tipo de carencia.

La invitación a acercarse al *agua* nos remite de modo particular al *agua* del bautismo. A esa *agua* que, gracias a la cruz gloriosa de Jesucristo y por la invocación del Espíritu Santo, nos purifica interiormente y nos hace ser hijos de Dios, hermanos de Jesús. La mayoría de los que estamos aquí ya nos acercamos a esta *agua* hace tiempo; pero hoy, conscientes del dinamismo espiritual que nos aporta la fe cristiana, renovaremos el compromiso bautismal que tomamos entonces. Y Jesucristo renovará también la alianza que hizo con nosotros ese día. Pero Benet, Arnau y Aarón se acercarán por primera vez. Benet y Arnau, miembros de la Escolanía, han aprendido a conocer la persona de Jesús, aunque deberán ir creciendo en la vivencia de su relación con él, una relación que quedará sellada por el bautismo que voluntariamente acogen, tal como dirán ante nuestra asamblea. Aarón, en cambio, que es pequeño, deberá recibir la ayuda de sus padres y padrinos para ir creciendo en su relación con Cristo que lo incorpora gratuitamente a su vida y a su filiación divina. Como comunidad cristiana, todos nosotros los llevaremos en la oración.

El profeta, hablaba todavía de un *pan* y un *vino* que permiten saborear *platos sustanciosos*. En la plenitud pascual, este *pan* y este *vino* son los de la Eucaristía, transformados por el Espíritu Santo, en el cuerpo y la sangre del Señor y que nos permiten entrar en una relación fraterna y amistosa con Jesucristo. Esta es la grandeza de la existencia cristiana, penetrada toda ella de la presencia de Cristo resucitado, el cual por obra del Espíritu Santo y por el ministerio de la Iglesia, nos hace vivir con simplicidad una relación filial y gozosa con Dios Padre que nos ama entrañablemente. También Benet y Arnau recibirán por primera vez el sacramento de la Eucaristía.

En esta noche pascual, nuestro pensamiento se va a la Tierra Santa, que es la cuna de nuestra fe. La tierra donde se levantó la cruz del Señor y donde tuvo lugar la resurrección, ahora vive una situación dramática y llena de convulsiones. Nos sentimos hermanos de los cristianos que viven en ella. Por ello, atendiendo a los deseos del Santo Padre y además de llevarlos en la oración, os proponemos ayudar a las comunidades cristianas de Oriente Medio, con vuestra aportación a la colecta que haremos al final de esta Vigilia, y que servirá para sostener las actividades sociales, asistenciales, sanitarias, educativas y culturales que la Iglesia lleva a cabo en aquellas tierras.

Ahora, en esta noche Santa, entraremos en la parte bautismal y eucarística de esta Vigilia. Agradecemos tanta generosidad de parte de Dios, reafirmemos nuestra adhesión a Cristo resucitado y sintámonos urgidos a invitar a los demás a poder hacer la misma experiencia: que *todos los sedientos* puedan encontrar el *agua* que sacia el corazón y la inteligencia, el *agua* que brota en el interior del creyente para la vida eterna (cf. Jn 4, 13).